



FICHA 9. La oración y los enfermos

Tiempo para orar

En el libro del Eclesiastés se nos dice que todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo, y pasa a hacer una enumeración de momentos que se suceden y se contraponen en la vida (Qo 3, 1-8). En esa lista, curiosamente, no encontramos que haya un tiempo para orar. Quizás porque la oración puede acompañar todos los momentos de la vida. Podemos invocar a Dios en todos los momentos de la vida: en tiempo de dificultades y de alegría, de rebeldía y de necesidad, de dudas y de agradecimiento. La enfermedad también puede ser un buen momento para la oración, y se puede decir que un momento privilegiado.

En las personas que viven situaciones de enfermedad, en sus familiares y seres queridos nace casi espontáneamente del corazón la oración, sea para pedir, para quejarse, para dudar o incluso para desdecir de Dios. Pero Dios ya está presente. La enfermedad supone una ruptura en la vida con la actividad cotidiana, y aparecen nuevos espacios de tiempo, que se llenan con entretenimientos, con pensamientos, con lectura, y también con la oración. En un primer momento, la oración puede ser un medio más al alcance para intentar evitar la gravedad de la enfermedad, pero también es un camino para que uno se encuentre consigo mismo y se reconozca frágil, dependiente, en suma, criatura que no tiene todos los recursos en su mano, que se pregunta por el sentido de la vida, y por eso es posible que recurra a Aquel que lo ha puesto en la vida.

La oración de cada enfermo será diferente: pesa mucho su fe, su historia personal, la realidad de enfermedad que está viviendo (que puede ser muy grave). Y esa oración tendrá tonos interrogantes y de queja, tonos de súplica, tonos confiados y de entrega a Dios, tonos de agradecimiento, en esa implicación siempre tan personal del que se dirige a Dios. Lo que está claro es que la enfermedad se convierte en tiempo para orar, en tiempo para invocar a Dios. Tiempo propicio para ser acompañados por Dios.

Acompañar la oración del enfermo

Los que hacen su servicio en la Pastoral de la Salud tienen muy en cuenta esto, y saben, que en este sentido, la primera labor aquí es acoger esa oración del enfermo. Hay que tener capacidad para empatizar con la situación del enfermo porque esto es lo primero. Y también hay que ayudar a poner palabras en esa oración balbuciente.

Quizás la primera manifestación de una oración que no sabe cómo salir del corazón en el tiempo de la enfermedad la podemos encontrar en la indiferencia, en los interrogantes o en la queja. El mal absorbe al enfermo, y Dios parece no estar. Puede dar la impresión de que no parece haber mucho encuentro con Él, sin embargo, se le echa en falta. También Jesús vivió esta experiencia en la cruz: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 34). En este caso, hay que acompañar al enfermo, invitarlo a desahogarse, compartir su silencio desde nuestra presencia, mostrarle algún signo que oriente su invocación a Dios (una cruz, una estampa).

El enfermo, en su personal oración suplica, está aceptando su necesidad y abriéndose a la riqueza de Dios. Esa oración de súplica es la más común de todas, la propia del hombre. Ahí, hay que ayudar a quitar falsas ideas de Dios (milagrero, despreocupado del hombre...). Abrir a la confianza en un Dios vivo que se interesa por nosotros, y muestra su predilección en este momento. Hacerle ver que él nos puede ayudar ahora a comprender mejor a los que están en necesidad. Su oración de súplica también debe englobar a aquellos que también que sufren, e incluso más.

También encontraremos enfermos que expresan en la oración su confianza en Dios: están en sus manos. Mantienen un diálogo de esperanza, de entrega a Dios Padre, a pesar del mal que también les aflige. Aquí se puede hallar la oración de conformidad (no de resignación), invocación a Dios que acoge activamente la difícil situación. Aquí quizás sea necesario ayudar para que el “que sea lo que Dios quiera” no se torne en evasión sino un luchar consciente para superar la enfermedad. Nos podemos valer de oraciones de la tradición cristiana que tienen ese deseo de cumplir la voluntad de Dios.

También puede estar en la oración del enfermo la acción de gracias, que expresa gratitud por lo recibido, aun en medio del dolor. El bien, grande o pequeño, se agradece y se expande, vertiéndolo en la oración. Aquí se agradecen a Dios todas las cosas: una mejoría, detalles de familiares, médicos y personal sanitario.

La situación y la oración del enfermo tienen que hacernos aprender mucho, pues sus palabras y sus gestos tocan nuestra fe: bien para ofrecerles nuestra escucha, nuestro servicio, bien para enriquecernos con su testimonio.

Acompañar al enfermo con la oración

Como vemos, la oración, que nos lleva a Dios, está presente en la circunstancia de la enfermedad. Al enfermo, en esa situación en la que ora, de un modo o de otro, también hay que acompañarlo con nuestra oración. En la mayoría de los casos, es la oración de los familiares la que se adelanta a pedirle a Dios por ellos. Nunca hay que desatender las peticiones que se nos hacen de pedir por un enfermo: nuestra oración sirve para poner en manos de Dios ese caso, y para pedir también por esos mismos familiares.

Esto no es nada nuevo: estamos hablando de la intercesión por los enfermos, que aparece ya en el conocido texto de Santiago sobre la unción (St 5, 14-15). Ante una situación de enfermedad se avisa a otros, a los presbíteros, para que la fuerza de su oración traiga paz, salud y salvación al enfermo. También aparece en el Ritual de la Unción la recomendación de orar por los enfermos (RU, n. 5; n. 50). Se pide en la oración, pero no por interés propio sino por la situación de otro que nos afecta. En este caso, se pide por la situación de enfermedad de una persona concreta. Esta oración de intercesión expresa la conciencia de solidaridad fraterna. Cuando un miembro del cuerpo sufre, todos sufren (1 Cor 12, 26).

De hecho, es una tarea evangélica: “Pedid y se os dará” (Mt 7, 7). Se acompaña al enfermo con la oración cuando la familia reza en la habitación, o se pide al capellán del hospital que venga para orar con él y con la familia. También, cuando en la capilla del hospital se ora y se pide por los enfermos. Es muy importante, igualmente, la intercesión por los enfermos en la oración personal. Esta es mucho menos visible, pero también llega a Dios, que acoge nuestra solicitud por ellos. Y, pedimos, en nombre del Señor, por personas concretas, con sus nombres y apellidos, con esa enfermedad concreta, que tanto le está afectando. No oramos con el único fin de esperar un milagro de curación por parte de Dios, oramos para que Dios actúe en esa enfermedad como sólo Él puede y sabe hacerlo.

La oración por el enfermo trasciende lo personal: la encontramos en la oración pública de la Iglesia. En oración litúrgica de la mañana y de la tarde (Laudes y Vísperas), se pide por los enfermos, también está en las preces de la Eucaristía. En la misma ofrenda eucarística, en la patena del pan, también están los enfermos: queremos incorporar nuestra vida, en la situación en la que esté, a la ofrenda de Cristo, que en la cruz ha conocido el sufrimiento y el dolor. En la vida de la Iglesia se cuenta con dos jornadas para los enfermos: una en febrero (en torno a la memoria de la Virgen de Lourdes), y otra en mayo, para celebrar la Pascua del enfermo. Y dentro de la Pastoral de la Salud, la oración por los enfermos es una acción prioritaria.

En comunión de oración

La oración del enfermo y la oración por el enfermo ponen en comunión a los que oran, y nos ponen en comunión con Dios. Buscamos la voluntad de Dios y en sus manos ponemos nuestra oración, sin prisas y en paz. La oración misma nos concede un tiempo para orar, para entrar en el misterio de comunión que es Dios. Y hay que aprovecharlo.

PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuál es nuestra experiencia sobre la oración que hace el enfermo?
2. ¿Cuál es nuestra experiencia sobre la oración que hacemos por el enfermo?
3. ¿Cómo andamos en nuestra parroquia en torno a la oración por los enfermos?